

EL DIARIO DE FRANCO DE ALHUCEMAS

por JOSE MARIA GARATE CORDOBA

Coronel del Servicio Histórico Militar

El texto completo del Diario de Alhucemas que figura en la antología final está recogido de la copia mecanográfica que —solicitando autorización para reproducirlo en mi obra España en sus héroes— envié el 2 de febrero de 1970 a la secretaria militar del Caudillo, que me lo devolvió, ya aprobado con anotaciones a mano, de menuda letra, corrigiendo erratas y limando alguna aspereza de expresiones juveniles deslizadas tras el ardor del combate aún no apagado. La carta del general Franco Salgado, indicándolo, valoraba aquella mala copia, que conservo como un tesoro, por la razón que en ella se expresa:

Oportunamente fue en mi poder su carta exponiéndome los planes de incluir en España en sus héroes, el Diario de Alhucemas que el Caudillo publicó en los números de septiembre a diciembre de 1925 en la «Revista de Tropas Coloniales», a cuyo fin solicitaba usted la oportuna autorización.

En el último despacho tenido con Su Excelencia, le di cuenta de estos deseos de Vd. encargándome le manifestase que no tiene inconveniente alguno en la publicación de dicho Diario, si bien dados los muchos años transcurridos desde su primera aparición, algunas de sus expresiones, apropiadas a las circunstancias de entonces y momento que se vivía, han quedado ahora bastante desfasadas.

De todas las maneras, Su Excelencia ha tenido a bien hacer algunas correcciones —muy pocas— en la copia de dicho Diario.

La carta es del 13 de febrero. Las correcciones mínimas, efectivamente, pero sin que falte alguna casi en cada uno de sus 28 folios; incluso de la descuidada puntuación, en un texto enviado sólo a efectos aprobatorios en líneas generales y pendiente del repaso de imprenta. En menos de diez días, el Caudillo con su enorme laboriosidad y comprensión, había encontrado varias horas para apoyar una iniciativa y colaborar en una obra para que quedase bien hecha.

Observada la coincidencia de las tres obras de creación de Franco en su espontánea fluidez, en los escasos retoques del borrador, fácil-

mente comprobables, si lo hubiese, hay que reconocer que acaso el *Diario de Alhucemas* es el escrito con mayor prisa y por tanto el que nos muestra más al descubierto y como en radiografía, las cualidades literarias, el estilo, de Francisco Franco.

Comparado con el *Diario de una Bandera*, el de Alhucemas parece más directo, más íntimo y caliente, redactado con mayor facundia y con mayor pasión, de lo que resulta una mayor expresividad. Comparado con *Raza*, se ve que en el *Diario de Alhucemas* hay menos preocupación literaria y sin embargo más literatura, con poesía natural, de buena ley, en relatos, sentimientos y metáforas. En conjunto, el *Diario de Alhucemas* es más impresionista y muestra estar escrito con esmero, con plena afición de un escritor, que ha volcado en él su entusiasmo como en ninguna de sus otras obras. Sería injusto no ponderar la extensión de cada una, pues siendo de doscientas y pico páginas las otras, el *Diario de Alhucemas* tiene veintiocho folios.

Pero de todos modos, puede observarse también que frente a la meditada contención del militar que escribe el *Diario de una Bandera* y la preocupación literaria, ideológica y moralizadora de *Raza*, el autor está aquí más comprometido en la acción, menos oculto al lector y a veces, hasta habla en primera persona.

La estructura del Diario de Alhucemas

Escrito sin idea unitaria, llama la atención su armónica estructura, en la que tema, tono y ritmo, van evolucionando según la intensidad de las operaciones, a partir de la primera generalización. Empieza morosamente, situándonos en el clima ambiental: «Al impaciente, ¿se va o no se va?, le reemplaza la alegre certidumbre de hoy...». Después los párrafos se alargan en observaciones descriptivas, sin artificio.

Publicado el *Diario* de dos en dos días, en una revista mensual, queda en el lector la impresión inmediata de que quien escribe sólo sabe del éxito lo que le dice su íntima seguridad profesional, la confianza en sí mismo y en sus tropas.

Termina con otro tema de generalización, en el mismo tono y ritmo que al principio. En el estilo clásico de esplayar las meditaciones personales —las observaciones, al menos— al principio y al fin de la obra; por muy movidos que sean los capítulos interiores. Termina con la pausada cadencia de un final previsto en el que se extiende una visión flexible entre el futuro y lo retrospectivo, recordando: «cientos de años pasaron estos campos bajo nuestras miradas... Borrada la leyenda de la tierra sagrada...». Así la trama es correcta: empezar con una panorámica de la inquietud de los actores y, tras el desenlace feliz, mirar a la misión protectora y al porvenir de los protegidos y de sus tierras. Arranque y despegue contenidos en la debida proporción, cada cosa en poco más de uno de los veintiocho folios que el *Diario* viene a tener.

En medio, el fragor del combate, lleno de dramatismo, de vida y muerte, de órdenes, voces, pequeños diálogos y reflexiones breves. Todo se sucede con rapidez, y aún la reflexión del autor va interrumpida a veces por un grito de guerra y salpicada siempre de precisiones tácticas, técnicas o topográficas sobre la misión o las armas, el enemigo o el terreno, el aspecto del sol en el crepúsculo o el mal síntoma de que los camilleros corran.

El estilo y el lenguaje

Las páginas del *Diario de Alhucemas* aparecen como unos apuntes muy rápidos, sin retoque ni pulimento literario, a veces ni siquiera gramatical o sintáctico. Es una pieza de inspiración directa, redactada casi en borrador, pero con la corrección y elegancia suficientes como para que esas mismas características sean un mérito, muy estimable en el género especial que constituyen los diarios de guerra, donde importa mucho la impresión inmediata y sincera. Hay un sentido de observación muy personal en todo, aunque el autor suele emplear, por modestia, el reflexivo indefinido: «Se pisa la arena... Se avanza sobre Malmusi...». Y un plural personal, muy significativo al referirse al teniente Casado: «*Salimos* a su encuentro, nos *esforzamos* por conservar una vida que por momentos se va. Pero sólo le restan fuerzas para oprimir *nuestra* mano cuando *tratamos de animarle...*».

El lenguaje es claramente espontáneo y profesional, poético sin artificio. Lo demuestran sus continuas trasposiciones y oraciones subordinadas, los incisos que revelan la evolución del pensamiento, precisando o completando lo anterior al hilo de la pluma. Unas ideas felices pero tardías, sustituyen a otras o se les solapan, empujándolas, superponiéndose las frases. A veces, con descuido consciente se reiteran las figuras del «hilo de sangre» o «el pequeño plomo» o bien las insistencias sobre la influencia psicológica del sol, «disco rojo», «sol de fuego», «dorados reflejos sobre Kilates». Otras veces, como en el penúltimo folio, hay una variedad forzada para la misma expresión: «El *recuerdo* de la campaña, el *presente* para el jefe, el *regalo* para el amigo, el *obsequio para el visitante.*» Frente a la moderna sobriedad de muchos párrafos, se acumula en otros lo que pretende dar impresión viva y espontánea de los hechos vividos y sentidos.

Al breve párrafo inicial, de excelente factura: «Pasaron los momentos de indecisión...», siguen unas líneas que parecen escritas con conciencia histórica, utilizando expresiones militares típicas: «La confianza ciega de todos en el Mando y la serena confianza del Mando en todos es el aval más firme de la soñada empresa.» O bien: «Nuestra larga preparación... es la garantía de la histórica hora de mañana». Este remate cadencioso, propio de la época, es tal vez lo más retocado del *Diario*; sabida es la dificultad del primer párrafo en cualquier obra, sobre todo para quien no es escritor profesional. Pero hay una emoción real, expectante y a la vez confiada en el éxito,

aunque consciente también de la responsabilidad del protagonista y autor ante la Historia.

El segundo párrafo se hace enumerativo, igual que cualquier preámbulo de instrucciones militares, o un parte de guerra, o ciertos artículos de las ordenanzas: «El continuo entrenamiento de las tropas, su insistente preparación, la meditada organización...» A cada objetivo le sigue su adjetivo, remolcado por él, como su sombra obligada.

El tercer párrafo es ya descriptivo. La vista del cronista se dirige primero al paisaje del horizonte, en perspectiva lejana, y luego al propio convoy, en atención inmediata, no menos interesada. Un tanto noventayochista —anotaba yo al margen, como también en páginas del *Diario de una Bandera*, considerando sus sobriedades descriptivas, donde la pintura del paisaje muerto se rompía con elementos vivos: barcas que negrean con racimos de hombres y, pronto, sus movimientos y murmullos.

En aquel mismo estilo inicial se introduce en seguida la acción. Empieza el segundo acto del drama: «Se hace necesario cobrar la amarra... Hemos tocado tierra.» Y el empuje: «La bahía, centro de rebeldía, se ha esfumado.» Pronto llega el asalto, los cuchillos y granadas, el humo y la sangre, el dolor del cuerpo o del alma.

Ya en los primeros párrafos está el dominio del léxico marineroy de la terminología técnica naval, que se mantiene cada vez que surge el tema, a lo largo del relato. Hay un momento digno de destacarse: «Pero en el mar no todo es fácil y las dificultades se presentan aun en los tiempos más favorables... Se ha soltado un remolque, y una de las barcas «K» es arrastrada por la corriente sobre la costa... Cerca de una hora se retrasa la operación.» Así queda relatado el contra-tiempo marineroy que, según otros textos, disgustó mucho a Franco, pero a la hora de la reflexión quedó anotado en esa forma serena y comprensiva.

La técnica literaria

Hay una técnica personal, frecuente en las numerosas descripciones casi siempre compuestas en dos partes, de las cuales la primera es sobria, contenida y un tanto azoriniana: «Legionarios y harqueños, con el agua al cuello y en alto los fusiles, atraviesan rápidamente la distancia hacia la playa...» «Una compañía, metida en el agua, marcha por las peñas costeras...» «Como hileras de hormigas se ve a los legionarios escalar por las vaguadas.» En la segunda parte, la sequedad cede al calor de gritos, movimientos y colores:

El fanfar legionario eleva sus pastosas voces; siguen las notas vibrantes y sonoras de las bandas...; los tambores acompañan el toque militar, y al rematar la contraseña la banda de legionarios se escucha el himno de la Legión heroica...

Incluso, apurando el análisis, pudiera verse que todo ello suele ir precedido de un párrafo de escueta exposición táctica en pocas líneas,

ALHUCEMAS

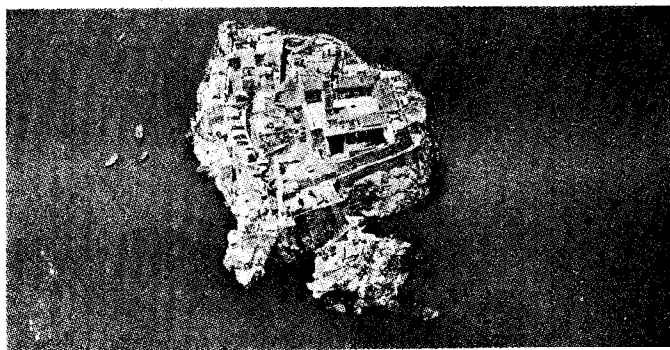
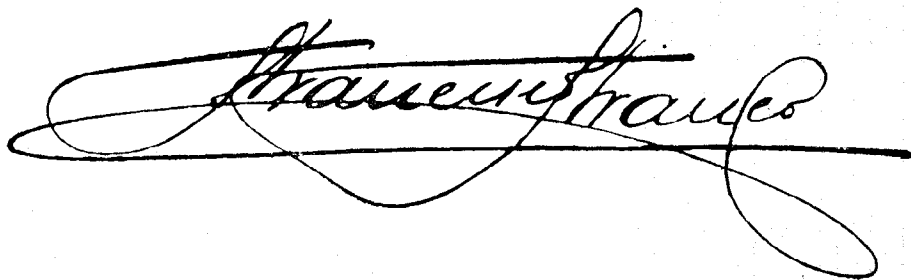
DEL DIARIO DEL CORONEL FRANCO

EN YEBEL MALMUSI.-26-IX-1925

La ocupación de Malmusi, parece haber roto el frente de la resistencia enemiga. Arrollada la primera línea de las defensas rifeñas, reducidos sus focos de cuevas y barrancos, sepultados sus defensores bajo los escombros de sus obras de Malmusi, un vacío en el campo sucede a nuestra segunda etapa en tierras del Rif, y el silencio del frente es solo turbado por las explosiones aisladas de algún cañón enemigo disparado en Yebel Sedrun o Las Palomas. La fortificación empezó activa y laboriosa. La falta de aguas reduce nuestro ganado a un limitado número de mulos, teniendo el personal que suplir tal falta con su resistencia infatigable.

Con el 301 se apaga el estruendo del combate, solo algún «paco», pegajoso y pesado, hostiliza nuestro frente, y las sombras de la noche se extienden en el campamento, en el que, las pequeñas hogueras jalonan las Unidades en vivac.

El «Fanfar» legionario eleva sus pastosas voces; siguen las notas vibrantes y sonoras de las bandas..., los tambores acompañan el toque militar y al rematar la contraseña la Banda de legionarios, se escucha el himno de la Legión Heróica...





El coronel Franco con el general Sanjurjo y otros jefes y oficiales tras los sacos terrestros de un puesto avanzado de Alhucemas.



La prensa de la época, muy aficionada a las composiciones fotográficas, publicó ésta que embarca a los personajes silueteados sobre el fondo de la bahía y hacen que

Sanjurjo converse con Franco, por deferencia a este héroe de la jornada.

anotando el movimiento de tropas, el bombardeo previo o los servicios de artillería, ingenieros o intendencia.

Esta alternancia entre lo escueto y el colorido está latente siempre en la literatura de Franco de estos años; es como una indecisión entre la frialdad y el sentimiento del escritor, entre el escribir para sí y para los demás, misterio de los diarios que se publican. El escritor Francisco Franco no puede adquirir el oficio necesario porque escribe de su acción, y ésta apenas le deja la pausa suficiente para anotar algo más que impresiones y apuntes. Hay párrafos en que la manifiesta parquedad inicial se rompe sólo con un par de adjetivos en tándem, como en los que siguen de este nocturno ligeramente tétrico, con el ligero toque tremendista apenas sugerido, sin remarquismo, con sólo un escape significativo cuando dice: «¡Guerra mísera y cruel!» El nocturno es así:

Con el sol se apaga el estruendo del combate. Sólo algún paco, pegajoso y pesado, hostiliza nuestro frente.

Los hombres sudan sobre la árida tierra y el conjunto se pierde entre las grises rocas y los pequeños matojos de los brezos en flor...

La noche cerró sobre los combatientes, y mientras un viento desagradable y pesado nos envuelve en sus nubes de polvo... el olor de tomillo se une al nauseabundo de los cadáveres del enemigo, precipitada y escasamente enterrados...

El aguafuerte de la noche en campaña está compuesto con espontaneidad admirable, con técnica de poeta. Las ligeras reiteraciones adjetivales se deben más a los cortes que a la proximidad real de la repetición. Sobrio también, aunque movido como ninguno es este párrafo en el que la descripción se hace viva, impresionista:

En menos tiempo del que se relata, bajan los hombres y se emboscan donde está la pieza. Dan la señal, y un racimo humano aparece a nuestros ojos en el comienzo del llano. ¡Ya está el terreno franco!... ¡El enemigo se apercibe...!, los pacos suenan más próximos y levantan polvo entre los pies de nuestros legionarios!... Tabletean las ametralladoras..., los nuestros se alejan!... Un momento más y el cañón es nuestro.

La descripción no puede ser más viva. El lector olvida que quien lo escribe no es un cronista de guerra que lleva lápiz y «block» tras las guerrillas, sino el hombre que las manda con los prismáticos en la mano y la pistola a punto. El artificio y la técnica está en contarlo en presente, paso a paso, cuando la acción ha transcurrido. El autor es realmente un cronista, pero de memoria fotográfica, que reproduce exactamente, profesionalmente, el paisaje y la luz, el movimiento, la táctica, el fuego, el pensamiento y el estado anímico de cada instante. Luego, la prosa se exploya; es la fase colorista, el párrafo segundo, y afluyen las notas expresivas:

Los hombres gritan con el gorro en alto; sus vivas a España y a la Legión se escuchan desde la cumbre, y de los puestos inmediatos, una carrera de hombres se une con entusiasmo a los portadores de la presa... La masa humana empuja el cañón por las cortadas laderas... La lluvia sigue, pero el día no se ha perdido.

La instantánea es exacta; cada acción queda reflejada en una frase cortada y, sin embargo, nadie dudará de la improvisación del texto, de la falta de poda y pulimento. Los prueba ahora la repetición de la palabra *hombre* en tres líneas, como antes vimos el adjetivo *pesado* y siempre la monotonía de repetir el «enemigo», sin buscar ni querer las variantes de «adversario» o «los moros», tan socorrida en cualquier escritor.

Entre lo más vivo del *Diario de Alhucemas*, me han admirado siempre estas líneas que traen la impresión directa y caliente de los guerreros que se les enfrentan:

Cuando los momentos son más críticos, el enemigo se anima, sale de sus cuevas y corona las lomas disparando sobre nuestras fuerzas... Bajo sus chilabas cortas y oscuras, aparecen los calzones de color de los montañeses; uno entre ellos, con el calzón rojo, parece dirigirlos.

Aquí está la crónica en todo su vigor, la del cronista de Indias y de Flandes, que da testimonio del extraño adversario que le combate al verlo de cerca, cosa poco frecuente en los historiadores.

El sentimiento y la emoción, nuevos factores

Son así tres elementos: el ambiente táctico, la descripción sobria y la colorista. Pero hay un cuarto elemento en la composición. Es frecuente que después de estos tres párrafos venga otro sentimental como elegía necrológica de algún héroe caído. Y en ello se observa otra característica del *Diario*. Nada recuerda aquí la comentada frialdad de Franco. Por el contrario, se manifiesta muy sensible y se desborda su sentimiento hacia los compañeros como en ninguno de sus otros escritos.

A este propósito, Manuel Aznar había destacado que en el *Diario de una bandera* la narración es muy escueta, tanto que a veces parece fría. Dos líneas, tres como máximo, dedicadas a los oficiales muertos.

Solo una excepción encuentra Aznar a esto en todo el *Diario de una bandera*:

Algunas veces, sin embargo, la emoción puede más que su voluntad. Se le encrespa la sensibilidad dentro del ánimo y a punto está de acabar en lágrimas. Fue cuando murió Fontanes, el bravo comandante de la Segunda Bandera... La muerte de Fontanes había de conmover forzosa y muy especialmente al comandante de la Primera Bandera.

Pues bien, aquella expresividad de sentimientos por la muerte de Fontanes, caso único en el *Diario de una bandera*, vuelve a encenderse siempre que cae un oficial en Alhucemas. A cada uno le dedica un párrafo largo con admiraciones y adjetivos, lleno de pasión, que culmina en la frase final del 23 de septiembre: «¡Mañana los vengaremos!»

El párrafo más lírico es el dedicado a Rodríguez Bescansa, «el capitán de las audaces gallardías...»; pero el mayor detenimiento está al describir en treinta líneas —más de una página— la muerte del comandante Borrás, «de complexión robusta y ánimo sereno... que preguntó si su coronel está contento de su conducta, si ha hecho el honor al uniforme legionario...». Cuatro líneas menos dedica a la muerte del teniente Casado, recordando «al compañero perdido que tantas veces desafió la muerte al frente de sus hombres... y a la pobre niña que en un lugar norteño espera con ansiedad la vuelta del amado...».

Es la necrológica más sentida que hay en el *Diario*. Pero también la muerte del teniente Espinosa le hace decir: «El plomo enemigo parece vengarse en nuestros oficiales más heroicos», y la de Cardeñosa: «La fatalidad nos ha arrebatado lo más florido de nuestros oficiales...», y admira la de Miguel Zabalza, «el capitán que había rechazado la camilla en favor de sus soldados y tranquilizado a los que le rodean...» Creo que son todos los héroes que cita, pero su lírica alusión nunca se extiende menos de siete líneas, que son las que dedica a cada uno de los dos últimos.

El impresionismo de la técnica militar

Aun quisiera señalar las precisiones técnicas tratadas literalmente: «Las explosiones negras y potentes de sus rompedoras francesas alcanzan en el vivac los lugares a primera vista más abrigados...». «Los blancos vellones del *shkranel* propio coronan los objetivos inmediatos». Luego un párrafo sobrio, tras de estos coloristas:

Previo aviso a la artillería, se lanzan las fuerzas a la coronación de la primera fase. Por la izquierda descienden las guerrillas sobre las barrancadas de los islotes... Por el frente, son los harqueños de Muñoz Grandes los encargados de ocupar las primeras alturas. Con ellos debe avanzar la Mehal-la, y en su apoyo inmediato marcha el Tercio.

Y otra vez la inicial descripción técnica se enciende contagiada por una escena viva:

La artillería prolonga sus tiros y los harqueños se mezclan con los legionarios en su avance..., las granadas de mano se suceden, y entre las nubes de sus explosiones se recortan los gorrós legionarios y las banderas españolas de nuestros harqueños...

De ese tono general técnico-poético, alternando en parquedad con la lírica, se encuentra salpicado todo el texto. Lo mismo podríamos decir de aspectos psicológicos militares, del que basta un ejemplo:

Hecho el reconocimiento y demostración, regresan las harcas a los puntos de partida; no llegan con sus gritos de otras veces, cuando, alcanzado el objetivo y recogido el botín, pasean orgullosos los pequeños trofeos... Vienen tristes... En su ideario no se conciben las demostraciones ofensivas, y la fatalidad de este día extremó su rigor en los cuadros de mando de la valerosa hueste.

Hemos señalado la descripción táctica, técnica, topográfica y literaria. Hemos visto las cuatro partes que un relato suele tener, desde la táctica hasta la sentimental, pasando por las dos fases literarias, sobria y colorista. Pero hay párrafos donde todo ello se funde y concentra. En el que sigue se ve así entremezclado ese género vario y descuidado que a veces cultiva Franco, muy expresivo para un diario que ha de ser ante todo impresión vivida. testimonio y documento gráfico, donde el artificio no aparezca por ningún lado para no hacer ni sospechar que predomine sobre el realismo y la veracidad. El párrafo es éste, aunque pudiera ser alguno de otros varios:

Empieza con la salida del sol la preparación artillera sobre los primeros objetivos. Los barcos de la escuadra, reunidos en el interior de la bahía, disparan sus cañones sobre los objetivos más próximos y visibles. Truenan en Malmusi los obuses de 105 y vemos sus explosiones potentes sobre las casas y chumberas de las laderas de Palomas.

En seguida, el fuego se hace más intenso; el seco y repetido estampido de los disparos de la escuadra se destaca en el fragor de estos primeros momentos. El sol, grande y amarillento, se levanta sobre Kilates. Sus rayos de fuego doran las montañas marcando sus contornos, y en el cielo opalino, cual fantásticas aves, los guerreros alados que han de ocupar su puesto en la brillante lucha.

No es retórica todo lo que parece. Aquí, por ejemplo, hay que entender en «la brillante lucha», más que una metáfora, el brillo del sol sobre los planos de los aviones. Es una de las pocas veces que Franco habla de la aviación. Por entonces volará en el *Plus Ultra* su hermano Ramón y se hará famoso. Diez años después escribirá el prólogo de los *Quijotes del aire* a García Morato. En cambio, en el *Diario de Alhucemas* está presente siempre la marina, con su precisa técnica y su argot, marino es, lo era ya, Nicolás Franco, el hermano mayor de Francisco.

Valoración final

El *Diario de Alhucemas* es un texto más de Franco, casi desconocido, como sus artículos de la *Revista de Tropas Coloniales*, bellísimos algunos. Nos muestra a su autor con inspiración y sentimiento, es



El coronel Franco y el teniente coronel Liniers regresan de la toma de los Cuernos de Xauen.



El coronel Franco en su chabola de Allucemas con otros jefes y oficiales del desembarco.
(Del libro *La actuación de España en Marruecos*, de Juan de España, Madrid, 1926, pág. 130.)



El coronel Franco en los días de Alhucemas, con un grupo de jefes y oficiales. En primer término, los tenientes coroneles Amado Balmes, de Infantería, y Alfonso Bayo, jefe de la Aviación de Melilla.



Otro momento del mismo día: Con cartucheras se ve al laureado capitán Lizcano de la Rosa.

decir, escritor y poeta, con elegancia natural, pero sin madurez de oficio ni pretenderlo. Está en campaña y quiere dar cuenta de los hechos con la impresión inmediata y caliente, sin pararse a retoques ni preciosismos. No desmerecen nada estos apresuramientos de redacción, sino que más bien valoran la obra por su descuidado realismo, aumentando la sensación de lo espontáneo con veracidad palpable.

Este *Diario* es quizá menos cuidado y menos sobrio que el *Diario de una bandera*, pero de más calidad literaria que *Raza*, quizá porque le favorece el apoyo sobre la realidad vivida momento a momento, porque es crónica y *Raza* es obra de creación.

Pero está escrito con buena pluma, ágil y amena, con intuitiva composición, expresa técnica literaria, abarcando por completo el panorama de los variados aspectos de las operaciones, con apertura y cierre histórico-militar inicial y final, con fina observación del campo y el enemigo, las armas y los medios, las tropas y el propio corazón.

Su estilo, queda dicho con esto, directo, impresionista, escrito en presente e impersonal, inspirado y espontáneo, tratando de ser seco y frío en la exposición inicial, en lo descriptivo, y calentándose en la narración a las pocas líneas de cada episodio, con un género de transición entre el barroco sentimental, que se abandona con nostalgia, y el noventa y ochista, que racional y artísticamente se prefiere.

La técnica, sistemática, dosificando con muy buen sentido, con mecánica poco común, lo puramente militar o topográfico, lo humano, lo ambiental, el paisaje y el color, lo anímico y personal, el sentimiento y la meditación propia y de las tropas.

Testimonio y documento sin par, del momento más brillante de la campaña de Marruecos, casi de la única, que es a la vez nudo y apoteosis del drama, vista por uno de los protagonistas más ilustres y sensibles en lo literario. El héroe y el cronista coinciden aquí.